



EDITORIAL

El desorden establecido en Occidente parece asentarse sólidamente sobre sus pies. Más aún, avanza embriagado en su propio triunfo. Una vez cautivo y desarmado su viejo enemigo marxista, le sobran arrestos para emprender una nueva cruzada cambiando de dirección. Apartando la mirada del Oeste, se vuelve ahora hacia el Sur de la mano del omnipresente guardián del Viejo Mundo.

Así las cosas, no es de extrañar que pueda fácilmente sustituir sin el menor estremecimiento a sus más audaces abanderados (Reagan, Thatcher), engullir a los antaño escrupulosos (PSOE) y aún convertir a nuevos y fervorosos adeptos (Semprún).

Del mismo modo, resulta comprensible que proliferen por doquier juglares interesados que cantan sus alabanzas. No sólo se loa el tan manido fin de la historia, pretendido sinónimo de llegada al paraíso soñado. También desde las esferas del pensamiento, las esferas de los bienpensantes con diploma homologado, se previene contra ilusas utopías por reivindicar y se invita al sano ejercicio de una razón dialógica, "entente cordiale" inocua, que ofrece soporte teórico al status presente.

Con todo, la realidad es tozuda y se resiste ante discursos desmovilizadores. Más allá de algunos flecos por resolver, letra menuda de escaso interés, la situación, para algunos, es bien distinta. He aquí la cuestión: la perspectiva desde donde analizamos la realidad. Desde las cátedras, el prestigio y el reconocimiento oficial, la mirada acaba por perder nitidez, en medio de las brumas del Olimpo. Pero desde abajo, desde la perspectiva de los desheredados, el panorama es bien otro.

Trés cuartas partes de la humanidad sólo comparten miseria. Cada año mueren de inanición entre 14 y 18 millones de seres humanos, 14 millones de niños mueren antes de cumplir

los cinco años, 12 millones son refugiados, 1.750 millones carecen de agua potable,... En nuestro propio país también forman parte de la realidad, solos y con pocos recursos, mendigos, transeúntes, gitanos, inmigrantes extranjeros...

Quienes pretendemos humildemente aprender a mirar desde el rostro del otro, en especial, del más desfavorecido, no estamos satisfechos. Ni las circunstancias presentes, ni las estructuras que las causan, ni las teorías que las justifican son de recibo. Más bien se nos antojan un sofisticado pero inestable castillo de naipes que cuando se desploma sepulta siempre a los mismos.

Será preciso, en medio del presente desierto, reivindicar una vez más la utopía. Será preciso instrumentar una **razón profética**, inconformista y a la vez propositiva. Será preciso apelar al fondo evangélico más ingenuo y radical. Porque es preciso transformar la realidad.

Todos hemos aprendido de los cambios ocurridos en los últimos años. Por esa razón, desconfiamos de palabras grandilocuentes y apologías épicas. La experiencia nos ha enseñado igualmente que cada paso adelante, si ha de dejar huella, debe darse guiado por el **testimonio**. No se testimonia lo que uno piensa o cree, sino lo que uno es. Ahí radica el ámbito primero de nuestra acción y reflexión. "De la abundancia del corazón habla la boca" sentencia el Evangelio (Mt. 12, 34), y, cabría añadir, se construye la vida. Así lo escribía Mounier: Es necesario a cualquier precio que hagamos algo de nuestra vida. No lo que otros vean y admiren, sino el ejercicio esforzado que consiste en imprimir en ella el infinito".

Toda vitalidad testimonial, que no residual, exige un fundamento sólido que le dé firmeza y continuidad, al margen de meras y tal vez desalentadoras estadísticas de resultados. No bastarán los mejores propósitos. Es preciso un nuevo corazón (Ez. 11, 19). Digámoslo con Tolstoi: "Solamente existe un medio: la transformación religiosa de las almas humanas". Pero conscientes de que no basta la experiencia privada, sino que debe expandirse hacia fuera como la semilla de mostaza, la más pequeña de todas, pero que crece hasta hacerse árbol "de tal manera que vienen las aves del cielo y hacen nidos en sus ramas" (Mt. 13, 32), afirmamos la validez de un **socialismo religioso**, o socialismo místico. En palabras de Martin Buber: "Socialismo religioso significa que el hombre, en la concreción

de su vida personal, se toma en serio los hechos fundamentales de esta vida, a saber: Que Dios existe, que el mundo existe, y que el hombre mismo, esta persona humana, está ante Dios y en el mundo".

El Instituto Emmanuel Mounier, que no es una asociación confesional, no debe, sin embargo, arredrarse al exhibir tales convicciones, pues las abre y ofrece dialogalmente a cuantos hombres, incluso al margen de convicciones de fe, estén dispuestos a arrimar un hombro en favor del Sur, que no es lugar del liberalismo, ni siquiera el lugar de una Itaca supuestamente idílica y siempre evanescente, sino el rostro del desheredado.

Para hacer las cosas bien en tal sentido, el presente número de "Acontecimiento" ha reunido a serios especialistas en torno a una **mesa redonda**, ha dado la palabra a **José Taberner**, a **José Miguel Oriol**, a **José Angel Moreno**, y a **X. Péponza**, esperando el "retorno" del lector, pues nuestra revista quiere ser un lugar de encuentro, y no un objeto decorativo.



ACONTECIMIENTO



INSTITUTO EMMANUEL MOUNIER
C/ ALFONSO X EL MAGNO, 10
28014 MADRID



LA DRIFT KENNEDY
REVISTA DE LA MÚLTIPLE
ITACA Y ALBERTO
DE 1987